NOTAS

ACERCA DE LA MUERTE EN LA ANTIGÜEDAD ELEMENTOS PARA LA REFLEXIÓN BIOÉTICA

*Joaquín Ocampo**

114

La aparición de la bioética en el discurso filosófico, científico y médico, hace algo más de veinte años, ha generado una serie de situaciones por demás interesantes. Por un lado, ha llamado la atención acerca de las implicaciones éticas de las relaciones del hombre con los ecosistemas, particularmente con la biósfera, pero fundamentalmente ha puesto en evidencia que el sustento de la reflexión sobre la moral en todos sus órdenes no es unívoca, sino que existe una pluralidad de sistemas éticos a partir de los cuales se puede orientar dicha reflexión, sobre todo en el ámbito de la ética médica.

Como una consecuencia de lo anterior, han resurgido diversas categorías y conceptos pertenecientes a esos sistemas, algunos de los cuales fueron estructurados siglos atrás.

* Facultad de Medicina, UNAM.

Pero lo más significativo quizá es que todo este bagaje conceptual se ha estado dirigiendo a la clarificación y solución de problemas éticos concretos que hoy plantean a la medicina el avance científico-tecnológico y un nuevo orden económico mundial, en el contexto de múltiples conflictos socio-políticos ancestrales, que la sociedad contemporánea está lejos de resolver.

El médico actual enfrenta problemas y dilemas que surgen de la dimensión moral que subyace en toda praxis médica, como los que derivan del fenómeno de la muerte.

Hablar de la muerte en un sentido amplio compete, además de a los profesionales relacionados con las Humanidades, a los médicos en ejercicio, quienes deben hacer una revisión de los conceptos sobre este hecho natural desde una perspectiva histórica y filosófica, con el fin de

NOTAS

conocer el significado que la muerte tuvo en culturas de la antigüedad y determinar analogías o diferencias con los conceptos que hoy prevalecen al respecto.

Es en el mundo antiguo donde se gestan muchas interrogantes que en el pensamiento occidental han tenido una manera peculiar de abordarse a partir del surgimiento de la filosofía hace dos mil quinientos años, dejando ver asimismo la importancia que los conceptos tienen para el vivir humano, en virtud de que los individuos se desarrollan en un mundo de conceptos más que de objetos, acontecimientos o situaciones, porque es a través de ellos que interpretan su realidad.

Los conceptos son productos culturales y funcionan como factores modeladores en el desarrollo cognoscitivo de los sujetos, reflejando las actitudes, valores y formas de pensar y actuar que prevalecen en cada cultura particular.

Es necesario abordar la conceptualización de la muerte al menos desde un plano histórico descriptivo, básicamente con el objeto de contribuir a la reflexión sobre este hecho que tiene profundas connotaciones éticas en la actitud del médico frente al paciente terminal, el suicidio asistido y la eutanasia activa y pasiva. Una reflexión que oriente

hacia actitudes éticas acordes con nuestra sociedad postmoderna.

En principio, el pensamiento que prevaleció en las culturas de la antigüedad, fue fundamentalmente de carácter prefilosófico, como en Mesopotamia y Egipto. En estas culturas, se explicó el mundo a través de lo mítico y lo sobrenatural, lo mágico y lo religioso.

El pensamiento filosófico a diferencia del anterior, concibe al hombre y al cosmos como hechos naturales y desde una perspectiva eminentemente racional ajena a explicaciones mágico-religiosas. Se distingue por el hecho de que nunca se desprende por entero de la experiencia. Puede apartarse aparentemente de los problemas de la vida cotidiana, pero siempre se encuentra conectado con la experiencia, en tanto que trata de explicarla. Desde los tiempos grecorromanos en que surge la filosofía, hasta la actualidad, coexisten ambos tipos de pensamiento.

En la Mesopotamia se tenía la idea de que el hombre era creado por los dioses para servirles, siendo la obediencia al creador la mayor virtud humana, demostrando con ella su agradecimiento. Así, se creía que un individuo obediente de los señalamientos de la divinidad podía gozar de favores como la salud, gran prestigio en su comunidad y muchos hijos y riquezas.

NOTAS

A través de la *Epopéya de Gilgamesh*, poema épico de hace más de tres mil quinientos años y de otros textos, se han llegado a conocer algunos conceptos sobre la muerte en el pensamiento mesopotámico. Los protagonistas de esta epopeya son seres míticos con problemas humanos, entre ellos, el del temor a la muerte y el cuestionamiento acerca de la inmortalidad.

Durante la lucha contra un monstruo, Enkidu, amigo de Gilgamesh, manifiesta un gran temor ante el hecho, Gilgamesh llama su atención diciendo:

Amigo, ¿quién se encumbrara y pudiera / subir al cielo y morar para siempre con Shamash? / El simple hombre tiene sus días contados, / a pesar de todo lo que haga, no es más que viento. / Estás —ahora— amedrentado por la muerte. / ¿Dónde está tu valor? / Déjame ir adelante.

Al morir Enkidu, Gilgamesh experimenta un gran dolor, nunca se había enfrentado a la muerte, sólo la conocía como posibilidad y ahora se niega a aceptarla:

Quien compartía conmigo todos los azares; / ha sido herido por el destino del hombre. / Lloré sobre él noche y día / y no permití

que lo sepultaran; / tal vez se levantara al oír mi llanto, / estuve siete días y siete noches; / hasta que empezaron a salir gusanos de su nariz. / Se había ido, no puedo encontrar consuelo.

El hecho de la muerte atormenta a Gilgamesh, que vaga preguntando a todos, cuál es el secreto de la vida eterna. Alguien atiende a su súplica:

¿Gilgamesh, a dónde te diriges? / La vida, que tanto anhelas, nunca la podrás alcanzar. / Porque, cuando los dioses crearon al hombre, / le infundieron la muerte, reservando / la vida para sí mismos. / Gilgamesh, llena tu vientre / alégrate de día y de noche, / que los días sean de completo regocijo, / cantando y bailando de día y de noche. / Vístete con ropas frescas, / lava tu cabeza y báñate. / Contempla al niño que coge tu mano, / y deleítate con tu mujer, abrazándola. / Porque esto es lo único que se encuentra al alcance de los hombres.

En otros fragmentos de literatura mesopotámica alguien se pregunta acerca de la eternidad de las cosas y acepta la igualdad de todos ante la muerte y el fallo irrevocable de la divinidad:

NOTAS

¿Acaso construimos casas para siempre y para siempre sellamos lo que nos pertenece? / ¿Acaso los hermanos comparten para siempre? / ¿Acaso para siempre divide el odio? / ¿Acaso la crecida del río es para siempre? / Los que duermen y los que están muertos se asemejan cuando han cumplido su destino; / el noble y el vasallo no son diferentes. / Los dioses deciden sobre nuestra muerte y nuestra vida pero no revelan el día de nuestra muerte.

En los textos mesopotámicos se percibe una actitud de resentimiento y de inconformidad ante un ser creador, es injusto morir, la muerte es un mal, el castigo supremo. Se preguntan por qué ha de morir un hombre que ha sido justo. Por qué la inmortalidad es un atributo de los dioses y el hombre sólo puede disfrutar lo que esta vida le ofrece. El mayor bien que puede recibir el hombre de la divinidad es una vida prolongada colmada de gozo, pero no la inmortalidad.

Los mesopotámicos consideraron así la finitud del ser humano y que el alma y el cuerpo son un todo. La vida es una especie de aliento que los dioses dan al hombre cuando nace y se lo retiran cuando deciden que debe morir. Entonces el cuerpo se convierte en una sombra indife-

renciada que se retira a los infiernos o vaga en busca de alimento o de una sepultura digna.

Entre los antiguos egipcios también se creía que el hombre era creado para servir a los dioses. En la cosmología egipcia existe el Ma'at que es un principio vital que da orden al universo, que está encarnado en el faraón y al que se representa en las pinturas con figura humana portando una pluma en la cabeza.

Creían que el hombre está formado por el Chat, su cuerpo y por el Ka, semejante a la personalidad de cada individuo. Cada hombre al nacer recibe de los dioses su propio Ka, que es irreplicable y se libera a la hora de morir. Se tenía la creencia en una vida ultraterrena y en la alta probabilidad de alcanzar la inmortalidad, por tanto no se temía a la muerte.

Una vez que moría el sujeto y todos los ritos se habían cumplido y en la tumba se habían colocado alimentos y objetos que le habían sido placenteros en su vida terrena, creían que el muerto transitaba a otra vida donde le esperaban los mayores gozos. Por ello era necesario conservar el cadáver a través de un procedimiento igual al que había empleado el dios Anubis para la preservación del cadáver del dios Osiris, es decir, la técnica del embalsamamiento que se practicó al menos entre la realeza y la clase pudiente.

NOTAS

Creían que el cuerpo es la casa del Ka y por tanto después de la muerte debía permanecer incorruptible mientras el Ka llegaba ante Osiris, el juez supremo, quien colocaba de un lado de una balanza el corazón del muerto y del otro la pluma que representaba al Ma'at. Si por las malas acciones del individuo, el fallo era desfavorable, el Ka era devorado por un demonio. Si no lo era, alcanzaba la inmortalidad convirtiéndose en un cuerpo espiritualizado al lado de Osiris y llevando una vida feliz.

Es de gran interés la literatura egipcia sobre la muerte. Destacan los llamados 'textos de la pirámides', que son los más antiguos de la escritura jeroglífica egipcia. Se refieren a ceremonias fúnebres y a la recitación de fórmulas mágicas para resucitar al difunto y facilitarle el acceso al más allá. Un ejemplo es el llamado 'Himno de la Ascensión', una de las muchas alabanzas para alcanzar la inmortalidad:

El cielo se abre, la tierra se abre,
las ventanas celestiales se abren
los movimientos del abismo se revelan,
los pasos de la aurora se liberan por el Único (la divinidad) que permanece cada día.
El Único está frente a mí y me habla cuando asciende al cielo.
Soy perfumado con ungüentos

y vestido con linos preciosos.
Tomo asiento en el trono que preserva la justicia. Estoy espaldada con espalda de los dioses del norte de los cielos, las imperecederas estrellas, por tanto no moriré ... no seré consumido ni arrastrado fuera de las aguas celestiales.

De igual importancia es el llamado *Libro de los Muertos*, que se refiere a diferentes formas de evadir el fallo desfavorable de Osiris a través de plegarias de autodefensa. Un ejemplo es la llamada 'Confesión negativa' que debía hacer el difunto o enumeración de cuarenta y dos pecados que no había cometido, para que pudiera resucitar a una nueva vida, como son:

Salve el de las largas zancadas que sales de Annú: no cometí iniquidad.

Salve el abarcado por la llama que sales de Jerabá: no robé con violencia.

Salve divina Naris que sales de Jemennú: no maltraté a los hombres.

En las primeras épocas de la cultura griega, cuando el pensamiento tuvo un carácter prefilosófico se fundaron muchas religiones. En la llamada religión pública de los tiempos

NOTAS

homéricos, por ejemplo, todo lo que sucede se explica por la intervención de los dioses, no sólo en la naturaleza sino además en la vida social y política.

Los dioses griegos no son más que las fuerzas naturales o los valores humanos personificados en formas humanas idealizadas. Tienen muchas de las características psicológicas de los hombres: aman, odian e intrigan.

En el siglo VI a. C. surge el pensamiento filosófico como tal, los pensadores jonios de Mileto plantean que la inmortalidad no existe en la naturaleza. El alma no es una sustancia separada del cuerpo, no es más que el conjunto del intelecto, los sentimientos y las sensaciones, por lo tanto el alma muere con el cuerpo del individuo.

Dentro de esta misma orientación, los presocráticos de Abdera, Demócrito y Leucipo, establecieron que todo en el universo está formado por partículas indivisibles llamadas átomos, que unidas entre sí constituyen, entre otras cosas, el cuerpo y el alma del ser humano, las cuales se disuelven al morir.

El pensamiento presocrático influyó de manera notable en la medicina hipocrática en lo referente a sus conceptos de vida, muerte y enfermedad. En uno de los textos del *Corpus Hippocraticum*, 'Sobre la naturaleza del hombre', se asienta que

"cuando llega a su fin el cuerpo humano, lo húmedo va a lo húmedo, lo seco a lo seco, lo caliente a lo caliente y lo frío a lo frío", es decir, que la muerte del individuo es sólo un evento más en la naturaleza, es la disolución de los elementos que lo integran y el regreso de éstos a la totalidad del universo para el reinicio de un nuevo ciclo.

Al respecto, en 'Aforismos', también del *Corpus*, se señala que nacer y morir son fenómenos semejantes en tanto que es ley de la naturaleza que por las mismas causas productoras de la vida, se produzca igualmente la muerte. Si tales efectos naturales son suficientes, por lo mismo sus razones deben ser iguales, tanto para excitar el primer acto de la vida como para poner término a ésta con la muerte.

En el marco de estas ideas, el precepto médico de abstenerse de dar tratamiento al paciente desahuciado tuvo un profundo contenido ético, en tanto que el médico procedía respetando el fallo inapelable de la naturaleza.

También en el siglo VI a. C., tuvo lugar la aparición de una de las religiones más importantes de la antigua Grecia, el orfismo, fundado por el mítico músico y poeta Orfeo. Esta religión inculcaba un elevado concepto de la inmortalidad introduciendo el dualismo cuerpo-alma.

NOTAS

Según el orfismo, el cuerpo alberga un principio divino que es el alma, la cual pasa por un proceso de metempsicosis, es decir, el paso de un cuerpo que muere a otro que nace, lo cual permite un constante renacimiento del alma hacia una vida más elevada. Este proceso tendría como fin la extirpación de la naturaleza perversa del individuo. Para ello se hacían ritos de iniciación y de purificación. Se prohibía comer carne y se recomendaba una vida llena de privaciones y pureza.

El orfismo desapareció pero influyó enormemente en el pensamiento de filósofos como Pitágoras. Para éste la finalidad de la vida era liberar el alma de la esclavitud del cuerpo mediante una purificación, que a diferencia de los órficos se alcanzaba a través del cultivo de la ciencia y de una severa práctica moral. Respecto al suicidio pensaba que al hombre le está prohibido abandonar el puesto de guardián en esta vida.

El orfismo habría influido también en Platón y su concepción dualista, de oposición entre el alma (suprasensible) y el cuerpo (sensible), que no es tanto un receptáculo del alma sino más bien su tumba y cárcel, la causa de todo mal, el origen de las bajas pasiones, la ignorancia y la demencia.

Al morir el cuerpo, el alma se libera de su prisión y es cuando real-

mente inicia la vida, así lo expresa en *Gorgias*. En *Fedón* dice que el alma debe escapar del cuerpo lo más posible. Sostiene que el filósofo es aquél que desea la vida verdadera a través de la muerte del cuerpo, puesto que la filosofía es el ejercicio de la verdadera vida. La muerte corporal no daña al alma sino que la beneficia, en tanto que le permite unirse plenamente a lo inteligible.

Platón quiso también demostrar la naturaleza inmaterial del alma como prueba de su inmortalidad. En *Fedón* expone su idea acerca de la inmortalidad del alma diciendo que ésta es capaz de conocer las cosas inmutables y eternas y para ello debe poseer una naturaleza también inmutable y eterna. En *Timeo* expresa que el alma nace por disposición divina y es inmortal. La existencia y la inmortalidad del alma sólo tienen sentido si se admite que hay un ser sobrenatural.

Respecto a lo que ocurre al alma después de la muerte del cuerpo, dice también en *Fedón*, que las almas que han vivido muy unidas a las pasiones y los placeres corporales, no logran separarse completamente del cuerpo cuando éste muere y vagan durante un tiempo alrededor de las tumbas como fantasmas, hasta que atraídas otra vez por lo corpóreo se introducen en otro cuerpo, humano o animal según el nivel de vida moral que

NOTAS

hayan tenido en su existencia anterior. Las almas de los virtuosos reencarnarán en hombres mansos o justos, porque según Platón quien no ha sido amante del saber y abandonado íntegramente su cuerpo, al morir no puede pertenecer a la estirpe de los dioses.

En la *República*, el filósofo menciona otro tipo de metempsicosis, diciendo que hay un número limitado de almas. Si en el más allá todas recibieran un premio o un castigo eternos, llegaría el momento en que no quedaría ninguna en la Tierra, por tanto esos premios y castigos deben ser temporales. Cree que la vida ultraterrena debe durar mil años en reencarnar, con excepción de las almas de quienes actuaron muy mal, que merecen un castigo mayor.

También en este diálogo, Platón expone su acuerdo con la llamada eutanasia social, es decir, la facilitación de la muerte a quienes son una carga para la sociedad por su edad o limitaciones.

Platón es un tanto ambiguo al referirse al suicidio. Compara al suicida con un hombre que asesina a su más íntimo amigo. Si tal acción proviniera de la cobardía y la falta de fortaleza viril, debe ser castigado con un entierro deshonoroso. Sin embargo, en las *Leyes* dice que el suicidio se puede justificar por causas como un dolor incurable, penalidades cor-

póreas y malas inclinaciones que dominen al hombre.

Aristóteles si bien en algunos aspectos coincide su maestro, en otros lo contradice y supera.

Piensa que el universo tiene una estructura estable y armónica en donde cada parte está ordenada por el conjunto, todo ello como producto de una causa y principio de perfección en todas las cosas. De manera semejante a Pitágoras y Platón, admite la existencia del alma, pero a diferencia de ellos no cree en su inmortalidad y les reprocha que hayan pasado por alto las condiciones reales y orgánicas de su existencia, puesto que el alma no se experimenta independientemente de la materia.

Para Aristóteles el alma está vinculada al cuerpo, no es solamente su hábitat, ya que no puede subsistir por sí misma sin un cuerpo al que anime. Es principio de vida y movimiento inherente a las funciones biológicas. El alma es al cuerpo lo que la visión es al ojo, es ella la que asegura la armonía funcional del cuerpo, aunque no tiene atributos propios. Es incorrecto hablar de las pasiones del alma porque éstas también afectan al cuerpo, al ser vivo en su totalidad, que se enoja, manifiesta valor o apetencias.

Aristóteles llama forma al actuar de la materia. Así el alma es la forma del cuerpo, es un principio de creci-

NOTAS

miento, de generación, que unifica todas las funciones incluyendo la sensibilidad y el movimiento. En el tratado *Sobre el alma* dice que ésta es fundamentalmente aquello por lo que vivimos, percibimos y pensamos. No puede estar sin cuerpo ni es un cuerpo, es causa y principio del ser vivo. Por ello al morir el cuerpo el alma muere con él.

De particular interés son las ideas de Aristóteles en torno al suicidio. Al igual que pitagóricos y platónicos repudia el acto suicida partiendo de su filosofía moral. Es en torno a su tesis del justo medio y del discurso sobre la valentía, que condena el acto suicida. En el Libro III de la *Ética a Nicómaco*, afirma que el verdadero valor soporta el peligro, porque el deber se lo impone o porque sería vergonzoso sustraerse a él. Por lo demás, suicidarse por evitar la pobreza, los tormentos del amor o cualquier otro suceso doloroso; no es propio de un hombre valiente sino de un cobarde, ya que huir del dolor y de las pruebas de esta vida es una debilidad, porque en este caso no se sufre la muerte porque sea cosa grande sufrirla, sino que se le busca sólo porque se quiere evitar el mal a toda costa.

Después de Aristóteles la filosofía adquiere una connotación más práctica y mundana, orientada hacia un fin práctico para la vida del hombre.

En el período helenístico Epicuro señala que la filosofía es el arte de vivir, considerando que al mayor bien al que debe aspirar el hombre es a la felicidad entendida como placer, es decir, como ausencia de dolor corporal (aponía) y de perturbaciones en el alma (ataraxia).

Para Epicuro la muerte es un estado de absoluta insensibilidad; dado que el hombre es un compuesto llamado alma en un compuesto llamado cuerpo, la muerte no es más que la disolución de estos compuestos. Pienso que los átomos que lo forman se dispersan, la conciencia y la sensibilidad se extinguen y del hombre sólo quedan desechos que se dispersan, es decir, nada. Por ello dice que la muerte no debe temerse, porque cuando llega ya no sentimos nada, es un mal sólo para quienes tienen opiniones falsas acerca de ella; tampoco quita nada a la vida, ya que cuando el placer se vive plenamente no es necesario que sea eterno.

Las costumbres y tradiciones sobre la manera de tratar al fallecido en el pueblo griego también nos aproximan a la idea que aquella cultura tuvo de la muerte.

En los primeros tiempos de la antigua Grecia los cuerpos se cremaban. Después se colocaron en cementerios situados a lo largo de los caminos. Se señalaba la tumba con una lápida o con un montículo que

NOTAS

llevaba el nombre del difunto, el de su padre y el de su pueblo natal. En algunos lugares los deudos guardaban luto vestidos de negro y con el pelo cortado a rape.

En la Grecia clásica las mujeres de la familia lavaban el cadáver, lo vestían de blanco y lo acostaban con los pies orientados hacia la puerta de la casa. En la boca le colocaban una moneda que le permitiría pagar el precio por la conducción de su espíritu al más allá. En la cabeza se le ponía un tarro de aceite y en la mano un pan de miel. En la casa se reunían los parientes y amigos del fallecido para despedirlo, entre lamentaciones de plañideras contratadas. En la puerta de la casa se colocaba un recipiente con agua donde se enjuagaban las manos los que salían, con el fin de evitar contagios.

A la mañana siguiente el cadáver se colocaba en unas andas y se transportaba en un carro o en los hombros de parientes y amigos para su inhumación. Los hombres iban al frente del cortejo y las mujeres atrás junto con plañideras y flautistas. Después de inhumado, se colocaban junto al cuerpo vasos y objetos, luego el difunto era saludado tres veces por su nombre y todos se iban a la casa del pariente más cercano donde se celebraba una fiesta en honor de aquél.

Roma conquistó militarmente a Grecia, pero al asimilar práctica-

mente toda su cultura, su pensamiento no constituye una gran aportación creadora. Sin embargo, las concepciones sobre la muerte que nos han legado sus mayores pensadores, son de primera importancia.

Como Tito Lucrecio Caro, que en su obra en verso *De rerum natura*, asienta que todas las cosas, hasta el cuerpo y el alma, están hechas de materia, y por tanto se pueden separar en átomos que, junto con los dioses, son lo único indestructible. Creía en la existencia de éstos, pero no como creadores del hombre, sujeto a causas predeterminadas sobre las cuales no pueden influir.

La meta del hombre, señala, es alcanzar la paz del alma y del cuerpo, por eso aunque el temor a la muerte hace infelices a los hombres, hay que liberarse de él y de la cólera de los dioses, porque la muerte es inconsciencia y la cólera de los dioses es sólo un mito.

El alma muere con el cuerpo, la muerte por tanto no es nada para nosotros y no nos concierne en lo absoluto puesto que se ha demostrado que la naturaleza de nuestra mente es mortal. No sentiremos ningún dolor cuando ya no vivamos, cuando se separen el alma y el cuerpo por cuya unión somos seres individuales:

La muerte nada es ni nos importa, puesto que es de mortal

NOTAS

naturaleza ... luego que no existamos y la muerte hubiere separado cuerpo y alma, los que forman unidos nuestra esencia, nada podrá sin duda acaecernos y darnos sentimiento, no existiendo: aunque el mar se revuelva con la tierra y aunque se junte el mar con las estrellas ... y aunque el alma y cuerpo tuvieran sensaciones después de divididos, interés no tomaríamos en ello: siendo nosotros sólo el resultado del enlace y unión del alma y cuerpo: ni aunque después de muertos recogiese nuestra materia el tiempo y la juntase segunda vez como al presente se halla, y a la luz de la vida nos volviese, este renacimiento nada sería, siendo una vez cortada la existencia.

Por lo tanto la muerte debe esperarse con tranquilidad. No hay porqué desesperarse ante lo inevitable de un hecho tan natural, sobre todo si la vida ha sido pródiga para un hombre. Cuando no lo ha sido, Lucrecio asienta que no tiene sentido llevar una existencia plagada de dolor y desgracias y lo mejor es el suicidio. Fue coherente con esta idea cuando se quitó la vida a los cuarenta y cuatro años de edad por un problema afectivo.

El pensamiento estoico aparecido en la Grecia anterior a nuestra era, cobró gran fuerza con pensadores latinos como Epicteto, Séneca y Marco Aurelio en una corriente llamada neoestoicismo caracterizada, entre otras cosas, por su concepto sobre la muerte y el suicidio.

Epicteto fue más que nada un educador que divulgó un estilo de vida. Su doctrina está impregnada de socratismo. Sustenta que la razón es la norma de la verdad y del bien, y es en la inteligencia y en el pensamiento donde hay que buscar el bien verdadero, que es de orden espiritual. En *Máximas* dice:

¿Cómo te gustaría que te sorprendiese la muerte?...yo quisiera que me sorprendiese ocupado en algo grande y generoso, en algo digno de un hombre y útil a los demás. Las espigas nacen para ser segadas una vez maduras y a nadie se le ocurre dejarlas en los campos, cual si fuesen cosas sagradas e intangibles... Del mismo modo no hay hombre sensato que no considere como una maldición la posibilidad de no morir, pues para ellos no morir sería como para la espiga no ser segada.

Como es evidente, para el pensador frigio el ejercicio del bien reba-

NOTAS

sa las expectativas propias para proyectarse en los otros. El valor de la vida radica en ser útil a los demás y esto dignifica al ser humano. Por otro lado, el destino del hombre es la muerte al igual que para los otros seres, por ello resulta insensato el desear la inmortalidad.

Séneca, influido por el platonismo, piensa que el cuerpo es un peso, una cadena y una cárcel para el alma, la cual constituye al verdadero hombre que tiende a liberarse del cuerpo para alcanzar la pureza.

Cree que el suicidio es una forma suprema de lograr la libertad cuando se han agotado todos los medios para obtenerla. Amar, dice Séneca, es tener a alguien por quien morir.

En una de la ciento veinticuatro cartas que escribió a su amigo Lucilio, y que lleva por título 'La muerte apetecible', le expresa:

...bien sabes que no es forzoso conservar la vida pues lo importante no es vivir mucho sino bien vivir... el sabio examina dónde, cómo, con quién, por qué debe vivir lo que será su vida no lo que pueda durar. Si concurren circunstancias que le aflijan y turben su sosiego, dejará la vida... Darse la muerte o recibirla, acabar después o un poco antes, ha de ser para él, enteramente lo mismo... ¿Qué importa perder

todo lo que se nos va escapando gota a gota?... ¿y qué es morir bien? Sustraerse al peligro de vivir mal... No hay obstáculo para el que quiera liberarse de la vida... La naturaleza no nos tiene aprisionados.

Por ser sospechoso de una conjura contra Nerón, Séneca se quitó la vida con gran firmeza y buen ánimo, según cuenta el historiador Tácito en sus *Anales*.

Por su parte, el emperador Marco Aurelio, se distinguió del estoicismo antiguo al considerar que el alma y el cuerpo son de carácter material. El hombre está formado por un cuerpo que es carne, el alma que es sopro y el intelecto que está fuera del alma. En cuanto al destino del ser humano, dice en sus *Soliloquios*:

Yo he sido compuesto de materia y forma; pero ninguno de estos dos principios se aniquilará puesto que no han venido de la nada. Cualquiera de mis partes pasará mediante la mutación, a ser alguna parte del mundo y ésta pasará a su vez, a ser otra parte del universo continuándose esta sucesión hasta el infinito.

Marco Aurelio deja implícito su concepto psicologista de la vida, al

NOTAS

expresar que la muerte como suceso natural es el fin y el descanso de las impresiones de los sentidos, de la agitación de los apetitos corporales, de la actividad mental y de los cuidados que se tienen para el cuerpo.

Preocupado por las actitudes éticas del hombre hacia el universo, impugna el sentimiento de temor hacia la muerte y considera que el hombre debe de brindar a sus semejantes una generosidad sin límites, independientemente de que sean débiles, ingratos o estén equivocados. Cree que es propio del hombre el amor a los demás, incluso a los que nos hacen daño, y en ese sentido pensar en la muerte debe reforzar en el individuo el propósito de actuar bien durante su vida.

126

La revisión de la conceptualización de la muerte en la Antigüedad, aún sin ser exhaustiva, permite determinar algunas conclusiones:

En primer lugar, puede inferirse que los conceptos que sobre ella se tenían eran de dos clases: una se refiere a la muerte como un deceso, es decir, como la suspensión definitiva de toda manifestación corporal; como lo establece la concepción materialista, es simplemente la extinción de la vida sin ningún tipo de consecuencia, siendo el alma un epifenómeno, es decir, una manifestación de la materia que desaparece con la muerte del cuerpo.

La otra, plantea que la muerte está determinada por la voluntad divina y por lo tanto establece una relación específica con la existencia humana más allá de lo material. Se la concibe como el inicio de un nuevo ciclo de vida. En algunos casos, la inmortalidad es alcanzable en la medida en que se cumple con ciertos estamentos divinos.

En segundo lugar, en el acto de morir el hombre puede jugar un papel activo, ya sea procurando su propia muerte, como en el suicidio o bien pasivo, en donde sólo espera el instante en que ésta llegue, como una decisión de la divinidad, de la sociedad o como acontecimiento natural.

En tercer término, el sufrimiento extremo, físico o psíquico, puede justificar que un individuo termine con su existencia, aunque esa decisión también puede considerarse como un acto de cobardía y debilidad.

La consideración más importante en esta somera revisión, es que esta conceptualización acerca de la muerte existe hasta nuestros días. Ello puede explicarse porque, lejos de ser el resultado de un proceso aislado, depende de influencias de carácter religioso y del grado de conocimiento naturalista o científico de la realidad, porque la vida del hombre no transcurre de manera mecánica e impersonal sino que obedece a las explicaciones del mundo

NOTAS

como totalidad que se transmiten de una generación a otra, producto de las relaciones sociales entre los seres humanos.

En el discurso actual de la Bioética, concurren estas dos concepciones en la polémica acerca de la eutanasia y el suicidio asistido: la de carácter trascendentalista, representada por la corriente bioética personalista que se basa en tesis filosóficas del neotomismo, en algunas del kantismo y en elementos provenientes de la moral religiosa hipocrática y de las encíclicas papales.

El concepto inmanentista es asumido por el utilitarismo y otras corrientes éticas de carácter secular y relativista, que inspiradas en las ideas liberales plantean que el humano en su condición de ser biopsicosocial es autónomo.

En el ámbito médico, la eutanasia es una práctica que consiste en procurar la muerte a un paciente, administrándole algún medio letal (eutanasia activa) o bien retirándole o negándole los medios terapéuticos que podrían mantenerlo vivo (eutanasia pasiva), independientemente de su calidad de vida.

La primera modalidad puede ser solicitada por el paciente terminal en pleno uso de sus facultades (eutanasia activa voluntaria). Cuando son los familiares o instancias legales quienes la piden, por encontrarse el

paciente en estado de inconsciencia irreversible, se habla de eutanasia activa involuntaria. En casos similares, es frecuente que la familia solicite la modalidad pasiva (eutanasia pasiva involuntaria). Hay pacientes que dejan por escrito su decisión personal, de llegar a tal estado, de una u otra modalidad eutanásica.

El suicidio asistido, es el acto en que se proporciona apoyo al individuo que ha optado por dar término a su vida, con el fin de que logre su objetivo. Este apoyo consiste en poner al alcance del suicida los medios necesarios para consumar su muerte, para que padezca corporal o psíquicamente lo menos posible durante el trance, o ambas cosas.

Aunque el suicidio asistido y la eutanasia activa voluntaria parecieran equivalentes, desde mi punto de vista hay dos diferencias: una es que en el primero, por definición, es el propio sujeto involucrado quien pone fin a su existencia, y otra es que puede estar enfermo o no y desear morir por alguna circunstancia afectiva insuperable a pesar de la psicoterapia.

En cualquier tipo de eutanasia y en el suicidio asistido, subyacen implicaciones éticas de diversa índole que califican de moral o inmoral, correcto o incorrecto el ejercicio de tales prácticas, según la perspectiva desde la cual se hagan tales juicios.

NOTAS

El personalismo, desde su concepción teológica sustenta que el sufrimiento dignifica al hombre y que por tanto ningún dolor por insoportable que sea, es razón suficiente para procurar la muerte de manera directa o indirecta; hacerlo es un atentado al valor supremo de la vida y de la dignidad de la persona humana; la vida es un don que la mano del hombre no puede segar bajo ninguna circunstancia y que debe defenderse, por ende, la eutanasia y el suicidio son antiéticos. Asimismo, se pronuncia por una ortotanasia, es decir, procurar al moribundo solamente apoyo de carácter afectivo y espiritual, mientras llega su deceso. Según sus partidarios, es la única ética posible al respecto y por lo tanto universal.

128

Por otra parte, la utilitarista, junto con otras corrientes laicas (existencialismo, sociobiologismo, etc.), consideran que la vida ética de los hombres es establecida por ellos y para ellos, no por un ente sobrenatural. Por lo mismo, cada hombre tiene el derecho a ejercer su libertad para formular su proyecto de vida y decidir en todo aquello que lo satisfaga, en tanto no viole los derechos de los demás. Desde esta perspectiva, es más importante la calidad de vida que el hecho mismo de vivir. El sufrimiento, si bien es parte de la vida humana, no la dignifica, pues a lo que aspira todo hombre es a su

bienestar (la OMS, ha definido a la salud no solamente como la ausencia de enfermedad).

A diferencia de la personalista, la bioética secular o laica sustenta que la dignidad humana estriba, por un lado, en que los individuos pueden aspirar a su propio bienestar, puesto que tienen derecho a él, y por otro en el derecho que tiene cada hombre a ejercer su libertad. Así, la eutanasia en sus dos modalidades y el suicidio asistido, son procedimientos a los que debe acceder todo paciente terminal o sujeto que así lo decida, si ésta es la única manera con la que se puede dar fin a un sufrimiento irreversible que se juzgue insoponible e innecesario. El hecho de que un hombre se quite la vida en estas circunstancias no perjudica a nadie.

En aras de una primera aproximación a las implicaciones éticas de la eutanasia y el suicidio asistido, habrá que considerar además que en el seno de la sociedad postmoderna existe una conciencia cada vez mayor de la pluralidad de morales religiosas relativas a credos políticos, etnias, clases sociales y sistemas éticos y del derecho a que cada quien actúe de acuerdo a sus convicciones.

Habrà que entender que los conflictos propios de una sociedad plural pueden ser cada vez más graves, si no se acepta que hay diferencias insuperables entre los seres humanos y

NOTAS

que se tendrán que buscar nuevos horizontes de moralidad, eticidad y legalidad que hagan posible la coexistencia pacífica.

Para el caso de los problemas ético-médicos en torno a la muerte, desde mi punto de vista, ningún sistema ético se puede sustentar como la única bioética posible y universal como pretenden los personalistas. Incurrir en este error puede conducir a un totalitarismo ético de consecuencias indeseables, dado que propiciaría la violación de derechos humanos fundamentales, como la libertad de pensamiento y elección.

En ese sentido, la orientación teológica y trascendentista así como la secular e inmanentista pueden coexistir dentro de la bioética en un marco de respeto y tolerancia, por encima de que sean mutuamente excluyentes. En esa perspectiva, los marcos normativos de carácter jurídico, deben estructurarse de tal manera que permitan dicha coexistencia, ya que es papel del Estado vigilar el cumplimiento de los derechos de todos y cada uno de los ciudadanos.

Cada ser humano tiene derecho a elegir su forma de vida y siempre que sea posible, las circunstancias de su deceso, así como los valores morales y el concepto acerca de la muerte que orienten esta elección.